

por otras agencias del gobierno de ese país. Temas como el comercio, la inversión, las finanzas, la migración y las drogas son asuntos de los cuales se ocupan el Congreso y diversos departamentos y agencias del gobierno estadounidense como el Tesoro; el Comercio; la Agricultura; la Agencia de Protección del Ambiente; la DEA y el Servicio de Inmigración y Naturalización. Sin embargo, este reemplazo ha sido llevado a cabo muy lentamente y existe la posibilidad de que la inercia de políticas establecidas en el pasado, las cuales tendrán la ventaja de la familiaridad, termine imponiéndose.

La segunda circunstancia tiene que ver con una creciente diversidad entre los países de América Latina. Los cambios ocurridos en las últimas décadas han provocado la fragmentación de la región y de la política estadounidense hacia ella al grado que cabe preguntarse si sigue siendo válido estudiar “la política hacia América Latina”. Los países latinoamericanos han sido afectados de manera distinta por los cambios de los últimos tiempos y, por consiguiente, sus relaciones con Estados Unidos se han alterado de manera diferenciada y muchas veces contradictoria. Por ello, es difícil que en el futuro surjan enfoques globales para la política de Estados Unidos como fueron, en su momento, políticas como la del buen vecino, la Alianza para el Progreso o el nuevo diálogo. La bilateralidad será, quizá, el enfoque que domine la política de Estados Unidos hacia la región, tema particularmente relevante para México. La especificidad del caso mexicano es un problema al cual se alude recurrentemente en el libro, lo que lleva al lector a preguntarse si se trata de una relación tan *sui generis* que no encaja ya en el marco de América Latina. ¿Se trata, en efecto, de una relación que sólo se comprende desde la perspectiva bilateral?

Éstos son sólo algunos ejemplos de las múltiples reflexiones que suscita la reciente compilación de Lowenthal y Treverton. *América Latina en un mundo nuevo* constituye, pues, una nueva aportación de estos autores, y del Fondo de Cultura Económica, al debate sobre nuestro entorno internacional.

Olga Pellicer

Walter Astié-Burgos, *El águila bicéfala. Las relaciones México-Estados Unidos a través de la experiencia diplomática*, México, Planeta, 1995, 425 pp.

Los estudios sobre las relaciones entre México y Estados Unidos nunca han sido suficientes. En tal sentido, *El águila bicéfala* coadyuva a llenar un vacío que no debería existir —siendo aquéllas, como son, de trascendental importancia para México—, y realiza el propósito del autor de contribuir al entendimiento mutuo.

---

La obra consta de tres partes. En la primera, Walter Astié-Burgos se propone explicar los tratos diplomáticos en función del pasado. Sabedor de que el presente y el futuro no se comprenden si no se mira hacia atrás, se empeña en hacer un recorrido por la historia común de ambas naciones, con base en fuentes secundarias más o menos generales, poco especializadas. Si bien el afán de resumir lo induce en ocasiones a sacrificar algunos puntos importantes y a cometer ciertas imprecisiones, sí logra presentar un panorama general. De tal modo, se remonta a la época colonial, cuando por primera vez convinieron “las dos nuevas versiones americanas de la cultura occidental” (p. 37), pasa por el siglo XIX, y entra de lleno en el XX preparando el terreno para dilucidar los recientes 20 años de la relación México-Estados Unidos.

A lo largo del relato, se reitera en las fuerzas que empujan a los países hacia la integración, pero también en las que los incitan a la separación. Las primeras han acercado poco a poco ambas economías hasta volverlas complementarias y, enseguida dependientes; las segundas ha dejado que México preserve su identidad, personalidad y cultura. A las razones históricas, políticas, económicas y religiosas que las explican, el autor agrega las voluntades deliberadas de impedir o fomentar los nexos.

El texto permite vincular los procesos propios de cada nación con su política exterior. En efecto, las circunstancias llevaron a Washington a apoyar dictaduras o democracias y a pasar del aislacionismo a la globalización. En el caso de México, se ha transitado, en distintas ocasiones, del vínculo único con la república del norte a la inquietud por ampliar y diversificar los contactos, en Europa, América Latina o los Estados no alineados.

Es posible seguir en la obra las tendencias recurrentes de esa historia común y compartida que se estudia. Así, junto a la perenne intromisión de los estadounidenses en asuntos que le son ajenos, los mexicanos aparecen asociados con ellos para sus causas, ideales y, sobre todo, ambiciones personales. Por lo demás, si bien a los segundos no les quedó más que seguir una política meramente “reactiva y defensiva”, es igualmente cierto que cometieron graves errores por no conocer el terreno que pisaban. En suma, se pone en claro que la glosa de los hechos y objetivos de un país, hecha con criterios del otro, ha encaminado a resoluciones equivocadas y ha causado roces innecesarios a lo largo de los años.

La segunda parte de *El águila bicéfala* analiza algunos factores determinantes de la relación que tienen un carácter más permanente (como el legado histórico, con un peso mayor para México), que a la par los une y aleja; la geografía, esto es, el espacio que se comparte y que explica la presencia de una gran comunidad humana en el norte mexicano y el sur estadounidense, con rasgos físicos diversos pero con intereses y cultura comunes; la frontera, el lugar más importante del encuentro y desencuentro de dos países y expresión máxima de la interdependen-

cia que se ha generado; la economía, punto de debate entre las soberanías y la integración, en la cual, por lo menos hasta la fecha, se ha impuesto la segunda a través del TLC; y por último, la política, tan importante para Astié-Burgos, quien afirma que: “Si en el curso de la historia no hubiera surgido el elemento político como contrapeso a las poderosas fuerzas de unión, hoy día no existiría México como nación independiente” (p. 221).

La obra entrelaza los factores anteriores con el extraño y particular nexo amor-odio que existe entre los dos países. Fruto de la recíproca ignorancia, crea un ambiente confuso que dificulta la comprensión. La moraleja es que, en la medida en que aumente el conocimiento, la desconfianza menguará y la interdependencia se dará sobre bases más auténticas.

Por otra parte, en la misma segunda sección, el autor repara en quien considera los protagonistas de la obra bilateral. Así, se remite a los gobiernos y los distintos papeles que en política exterior desempeñan los ejecutivos y legislativos de cada nación; al influjo que la iniciativa privada ha ejercido sobre el curso de la historia común; a la prensa y los medios electrónicos, capaces de orientar a la opinión pública, los cuales reflejan más la versión oficial en el caso mexicano y son más libres en el estadounidense; a los académicos, quienes, como expertos en asuntos diversos, pueden ayudar al mutuo entendimiento; a los “lobistas”, que ejercitan, en Washington sobre todo, el derecho de petición y de gestión; finalmente, a los organismos no gubernamentales (ONG), que en los años recientes su suman como otros agentes de poder.

Sustentada en las anteriores, la tercera parte del libro aborda las dos últimas décadas de la relación. Es ésta una verdadera aportación, pues el autor se basa, en buena medida, en la experiencia y los conocimientos adquiridos como diplomático que tomó parte en los procesos relatados. Sin duda, con los años, quienes estudien el periodo darán a su testimonio el valor de fuente primaria.

En tal forma, se revisan los sucesos que afectaron a los dos países durante la década de los años ochenta, cuando en cada uno se desarrollaba “una revolución”. En México, tenía lugar la introducción cautelosa de un sistema de libre mercado, dado el agotamiento del modelo aplicado hasta entonces. En Estados Unidos, el movimiento conservador apoyado por Ronald Reagan, quien se propuso reformar la economía, pretendía recuperar los valores tradicionales y restaurar el liderazgo mundial en política exterior. Lo anterior —se indica— coadyuvó al deterioro de la relación bilateral, y propició conflictos en torno a temas como América Central y el narcotráfico.

Astié-Burgos entra después al decenio de los noventa y, en particular, a uno de los momentos de mayor distensión, en el cual se materializó “el proyecto más ambicioso y de más largo alcance de la historia de las relaciones entre los dos países: el TLC” (p. 375). Reconoce el papel decisivo que jugó la voluntad política

---

de quienes entonces ocuparon la presidencia, sin ocultar su compromiso personal con un arreglo que permite a México no rezagarse en lo que él contempla como un proceso de integración universal.

En conclusión, *El águila bicéfala* deja claro que la historia de la relación México-Estados Unidos se mueve en dos sentidos, a veces opuestos. No resta más que desear, para el futuro, que sea más lo que une que lo que separa, y que el respeto a la dignidad del otro se imponga en el trato entre los dos.

*Ana Rosa Suárez Argüello*

---